

“Los gobiernos progresistas en la región: escenarios futuros”

Conversación entre Horacio González, Juan Carlos Marín, Emir Sader, Maristella Svampa y Luis Tapia

Coordinadoras: María Maneiro, Carolina Mera

16 de junio de 2010

Horacio González, Sociólogo, docente y ensayista. Profesor Titular de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Actualmente dirige la Biblioteca Nacional. Ha realizado distintos trabajos sobre la articulación entre política y estética, particularmente en relación con la literatura en el pensamiento latinoamericano.

Juan Carlos Marín, Profesor Honorario de la Universidad de Buenos Aires y Director del Programa de Investigaciones sobre Cambio Social del Instituto de Investigaciones Gino Germani. Participó junto a Germani, como dirigente del movimiento estudiantil, en la creación de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Fue miembro fundador y Director del CICSO. Entre sus investigaciones se destaca *Los hechos armados*, trabajo que se ha convertido en un clásico de las investigaciones sobre el conflicto social y el poder en Argentina.

Emir Sader, Periodista y sociólogo brasileño y actual secretario general del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Profesor en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas en la Universidad de San Pablo. En sus trabajos se destaca el interés por el análisis del pos-neoliberalismo y el poder en América Latina y las perspectivas para el socialismo, el capitalismo y la lucha política en el contexto latinoamericano.

Maristella Svampa, Doctora en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de París. Investigadora independiente del CONICET. Profesora de la Universidad Nacional de La Plata. Ha investigado

acerca de las transformaciones en el sistema de clases, el poder político y las experiencias de los movimientos sociales en Argentina.

Luis Tapia, Filósofo y politólogo boliviano, fundador del Grupo Comuna, uno de los más fecundos núcleos promotores del debate intelectual y político en nuestra región. Se especializó en el análisis de los sistemas de partidos y sistemas electorales. Actualmente es Profesor-Investigador en la Universidad Mayor de San Andrés, en Bolivia.

María Maneiro, Doctora en sociología por la IUPERJ (Brasil). Investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani. Profesora de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Sus trabajos de investigación se centran en el análisis del conflicto social, la memoria de las confrontaciones y los movimientos sociales.

Carolina Mera, Doctora en Antropología Social y Etnología Urbana por la EHESS (Francia) y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Profesora de la Facultad de Ciencias Sociales e investigadora del CONICET. Trabaja temas en el área de estudios migratorios, diáspora e interculturalidad. Fue Directora del Instituto de Investigaciones Gino Germani. Actualmente es Secretaria de Estudios Avanzados de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA).

Lineamientos para la mesa redonda

Los clivajes políticos producidos recientemente en América Latina nos interpelan acerca de sus potencias y sus fronteras; sin embargo, las miradas homogeneizantes sobre dichos procesos eclipsan las particularidades de los casos nacionales. Estas podrían resultar evidentes enfocando la mirada en los diferenciales procesos de reforma del régimen político, en las modalidades heterogéneas de integración social y cultural y en los diversos itinerarios acerca del devenir de los modelos de desarrollo.

A tono con la convocatoria temática general para la presentación de artículos, les proponemos situar los ejes de debate de la mesa en torno a la incidencia particular de las experiencias recientes de gobierno en la América Latina en torno a:

- Los procesos constituyentes: sus complejidades y potencias.

- Los modelos de desarrollo, los recursos naturales y la distribución del ingreso.
- Los desafíos culturales, políticos y jurídicos de la plurinacionalidad.
- Los movimientos sociales y las nuevas experiencias de gobierno.

María Maneiro: Cuando en el Comité Editor de la Revista comenzamos a reflexionar sobre el tema de los nuevos gobiernos progresistas en la región, intentamos tomar nota de estas novedades de los últimos tiempos en América Latina, pero a su vez ponerlas en cuestión, contar con un espacio de debate y discusión, caracterizar las diferentes experiencias y visualizar el potencial y las fronteras que cada uno de esos proyectos tiene. La propuesta es reflexionar en, como mínimo, dos dimensiones principales: una que tiene que ver con la forma de organización política, jurídica y cultural, y otra relacionada con los proyectos de desarrollo, las formas de distribución del ingreso, y las modalidades de integración social en estas sociedades.

Emir Sader: Será difícil hablar cinco minutos, ya que se trata de cuestiones acerca de las cuales suele haber malentendidos. Lo que se llama pos-neoliberalismo, como categoría descriptiva, no es un término histórico. Hubo prehistoria de la resistencia, instalación de gobiernos, conquistas, por las líneas de menor resistencia del liberalismo. Contra el Tratado de Libre Comercio, la integración regional, ciertas políticas sociales, que les dio legitimidad a sus gobiernos, con matices distintos. Y eso llega a un cierto tope, no es que no pueda sobrevivir, que no pueda seguir siendo progresista. Intenté reescribir un artículo sobre las Siete Tesis Equivocadas sobre América Latina de Rodolfo Stavenhagen, de las cuales comparto tantas, de siete, diecisiete, veintisiete, no sé cuánto, la realidad está desmintiendo un montón de cosas, incluso eso de que no se podría retomar el desarrollo económico sin romper frontalmente con el liberalismo. Este es un período histórico conservador: el paso de un mundo bipolar a un mundo unipolar bajo la hegemonía imperial norteamericana, el paso del ciclo largo expansivo al ciclo largo recesivo, el paso de un modelo regulador keynesiano a un modelo liberal. Es esta confluencia de factores la que determinó un retroceso brutal en la correlación de fuerzas a escala mundial, el socialismo como tal desapareció de la agenda histórica, y ahora la más optimista de las posibilidades se plantea, en el mejor de los casos, como un mundo anti-neoliberal. Entonces lo que se planteó es que América Latina fue una víctima privilegiada, la región con mayor cantidad de gobiernos neoliberales, en su forma más radical. Y vivimos, comenzamos a vivir una

resaca de eso con gobiernos con el voto anti-neoliberal. Lo pondría de esta forma: en aquellos países donde no hubo continuidad en la implementación del neoliberalismo, son más profundos los procesos de transformación. Rupturas hubo en Bolivia, en Ecuador, en estos países se derribaron tres o cuatro gobiernos en poco tiempo, fracaso de los adecos en Venezuela (N. del E.: por adeco se conoce popularmente a los partidarios del partido político Acción Democrática (AD)), del COPEI (N. del E.: Comité de Organización Política Electoral Independiente, partido político venezolano de Centro, enmarcado dentro de la tendencia ideológica Humanismo cristiano), etcétera. En este grupo de países no hubo continuidad. En los países que mostraron continuidad se produjo una transformación brutal de la sociedad en su conjunto, apareció una nueva hegemonía ideológica, por ejemplo en Brasil, Uruguay, México, Chile, especialmente. Entonces se abrieron en esos países espacios de transformación que no había en otras partes. Sin desestimar todos los méritos de la dirección política que supo explorar las condiciones. En definitiva creo que hay dos modalidades de gobiernos pos-neoliberales. Son una categoría porque privilegian la integración regional y privilegian la política social, esa idea de la existencia de una izquierda buena e izquierda negativa sirve sólo para dividir a la izquierda, y confrontar sectores.

Los gobiernos que muestran un matiz más profunda y frontalmente anti-neoliberal, con elementos anticapitalistas, son claramente Venezuela, Bolivia, Ecuador, donde ser anti-neoliberal es ser desmercantilizador. Es polarizar por la esfera pública, es desplazar la polarización estatal-privado por la polarización esfera pública-esfera mercantil, disputar hegemonía, el Estado está en el medio de eso. La refundación del Estado es la refundación de instrumentos de poder alrededor de la esfera pública, con las diferentes expresiones que pueda tener eso.

Respecto de otros gobiernos, como los nuestros, no podemos ni pensar en anticapitalismo. Son gobiernos para los cuales de alguna manera no existe la idea de oponerse al imperialismo ni al capitalismo. Lo que se les exige es que sean consecuentemente anti-neoliberales. La línea demarcatoria entre unos y otros es clara. La tragedia latinoamericana son

claramente México, Colombia, Perú, países que optaron por el Tratado de Libre Comercio (TLC), por el ajuste, están en la línea neoliberal, tanto en lo social como en lo político, lo ideológico, etc.

Si tuviese que predecir a futuro caminos -porque se está transitando hacia una nueva etapa- yo señalaría que en los países moderadamente anti-neoliberales existen temas fundamentales que están pendientes: en primer lugar, la hegemonía del capital financiero, en segundo lugar el modelo de agro negocios, en tercer lugar la democratización de los medios de comunicación. Tres temas estructurales para estar en condiciones de acceder a ser una alternativa estructural al neoliberalismo. Los otros países ya son construcción de un bloque alternativo, porque vivimos una extraordinaria crisis hegemónica, en el sentido clásico de Gramsci, un bloque en el poder que se agota por el hecho mismo de que no logra crear sus bases sociales de apoyo, de estabilización. Incluso a causa de la modalidad de agro negocios, de capital financiero, etcétera. En consecuencia el modelo neoliberal tiene dificultad de sobrevivir y lo nuevo tiene una enorme dificultad de construir un bloque alternativo. La noción de que esto llevaría al fin del capitalismo como modelo es equivocada porque en este caso una hegemonía o un sistema social no se termina sin que sea derrumbado y/o substituido por otro. Esto dependerá de las alternativas que proponga y sea capaz de construir el Sur del mundo u otro bloque alternativo. El neoliberalismo no terminó, se moderó con grados de apoyo estatal. Los gobiernos progresistas de América Latina se valen del Estado para regular la economía, inducir el crecimiento económico y desarrollar políticas sociales -entre otras funciones-, mientras los gobiernos neoliberales desguazan el Estado, transforman al mínimo sus funciones y dejan abierto el espacio para el mercado. Los procesos de integración regional y las alianzas en el Sur también tienen a los Estados como protagonistas indispensables. El fenómeno de Venezuela, en mayor medida la experiencia ecuatoriana y boliviana, son modelos de intentar afianzar el tema más importante. La construcción de un nuevo Estado significa la creación de un nuevo bloque, nuevos sujetos históricos. Sin embargo está pendiente lo que Yevgeni Preobrazhenski llamaba la acumulación socialista primitiva. Los obstáculos son de otro orden, incluso el obstáculo histórico

tradicional de la izquierda de que el socialismo apareció en la periferia en lugar de en el centro. Aunque nos propongamos alegremente “saltar etapas” esto es imposible sin la base material para realizar la acumulación socialista primitiva. Superar el capitalismo significa también generar las bases de la acumulación, cuestión que Stalin resolvió por la fuerza, con la expropiación de los campesinos. Los chinos afirman que terminó la revolución cultural, hay doscientos millones de personas vagando por el país, ¿dónde van a buscar los recursos materiales para dar el salto económico? Su solución no es la que deseamos porque ellos cambiaron directamente al sistema de mercado. Primero en el comercio con las colonias chinas, después directamente se convirtieron al sistema de mercado, estoy convencido de que es una etapa histórica corta, de no sé de cuántos años será pero creo que es sólo una etapa, y la cuestión está planteada. Está planteada para Cuba incluso, buscar recursos materiales para generar las bases para la acumulación. Ya no hay campo socialista, no hay una acumulación socialista primitiva.

Aparece nuevamente esta cuestión para nuestros países, como dice Evo Morales, qué hacer con la explotación mineral, de petróleo, de gas, que debería ser una especie de acumulación socialista primitiva, o anticapitalista primitiva. Hay que observar con qué modelo se concreta. En el caso de Venezuela tiende a ser un fracaso, porque el apego a la renta petrolera impide un modelo de transformación de la economía petrolera en una economía industrial. Cualquier alternativa es más cara que exportar, entonces hay una presión inflacionaria estructural, cuanto mayor es la presión inflacionaria más fácil es importar que hacer inversión productiva. Parece fácil decir “pasemos del modelo rentista al modelo productivo”, pero ese es un círculo vicioso específico del problema de la renta del petróleo. Nosotros en Bolivia tenemos recursos naturales, y el interrogante consiste cómo utilizar estos recursos, cómo enfrentar la cuestión no del preservacionismo, que es una cuestión banal, sino cómo lograr el equilibrio ambiental, cómo enfrentar el tema de la combinación con los intereses de los movimientos campesinos, indígenas, etcétera, y simultáneamente implementar la transformación para que resulte en un modelo de superación de la economía primaria exportadora. No es un tema de

introducción al socialismo. Cuanto más construíamos la esfera pública desmercantilizada, más estábamos construyendo eslabones anticapitalistas y eventualmente socialistas, y este es el desafío más interesante que viven más específicamente Ecuador y Bolivia. El intento de construir una alternativa basándose en una economía extractivista, incluso primaria exportadora, y crear un modelo económico de superación. Por el momento, cierro esta primera exposición aquí aunque hay mucho más para debatir.

Luis Tapia- Me referiré a cinco puntos: memoria, proyecto, autoorganización, representación, y como quinto, la capacidad de articulación de todo eso. Estaba pensando qué se puede decir que sea común a todos los países, es difícil, entonces probablemente estas reflexiones se ajusten más a Bolivia y Ecuador. Por un lado observo que en los procesos políticos que se han desplegado en el último tiempo hay un fuerte componente de memoria política histórica, básicamente yo lo referiría al tema de la nacionalización, que también es parte del proyecto político. En la memoria popular, en varios países de América Latina, todavía está incorporada la idea de que los mejores tiempos han sido aquellos donde los países han experimentado un mayor grado de control de los procesos productivos, y que esa experiencia ha generado ampliación de ciudadanía, mayor participación política y bienestar. Esta idea está presente en la base de los actuales gobiernos de Venezuela, Ecuador, Bolivia, y ese es el punto fuerte en el proceso de recuperación de los recursos naturales. Este proceso ha sido experimentado previamente con mayor o menor fuerza en algunos países, en Bolivia es muy fuerte, y es lo que ha logrado que se unifiquen las fuerzas que estaban actuando de manera autónoma hasta antes del 2005. Yo lo articularía con otra dimensión del proyecto, una dimensión del proyecto jalada del pasado, memoria del proyecto de construcción política, y en parte también, memoria de ciertas limitaciones. Yo diría que el lado más nuevo de la dimensión del proyecto en algunos países en América Latina tiene que ver con la idea de lo plurinacional, es decir, cómo reconstituir el conjunto de instituciones políticas de tal modo que se reconozca la diversidad cultural y se la integre en los procesos de gobierno, en las tomas de decisiones y en la organización de la cultura, sobre todo en la educación y en la salud. Las formas se articulan pero avanzan o se

componen de manera desigual. Creo que en el caso boliviano y en el ecuatoriano, sobre todo, se está componiendo lo plurinacional con la nacionalización.

Como lo mencionaba Emir, creo que en ambos casos se piensa que la nacionalización es la base para poder hacer una reforma plurinacional. Esto significa invertir en reforma estatal, en ciudadanización que implique reconocimiento multicultural. Pero a la vez que se piensa que la nacionalización es la base, creo que se ha avanzado en términos de novedad en la dimensión discursiva y de reforma de algunas instituciones incluyendo plurinacionalidad. Pero en el plano económico se ha retomado básicamente la experiencia anterior de nacionalización, que implica control estatal, y en gran parte también control partidario de las empresas estatizadas, que antes como hoy han generado problemas de corrupción y lentitud en el proceso de diversificación económica, o inclusive en la perspectiva de invertir ese excedente en transformación productiva de otro tipo. Opino que ambas variables se han fusionado. Sin embargo, la transnacionalización de la economía, que ha sido el principal cambio del gobierno, ha avanzado más lentamente. Revertir la transnacionalización de la economía se ha constituido en el núcleo duro de los gobiernos progresistas en América Latina, y es lo que ha sido menos discutido. La transnacionalización de la economía ha causado que los países pierdan el control de su gobierno político. Revertir este proceso es la clave para frenar los procesos de desintegración social. Se están reproduciendo las experiencias anteriores, de estatización, incluso de manera mucho más modesta, y yo creo que éste va a ser uno de los temas serios de debate, en el cual se necesita mayor elaboración, porque no hay alternativas maduras. El debate crucial es en torno al diseño del problema de cómo enfrentar la transformación de la naturaleza, y los procesos productivos.

Otra de las cuestiones que deseo plantear es la relación entre autoorganización y representación, que sí difiere mucho más de país a país. En el caso de Bolivia, por ejemplo, es un mundo autoorganizado bien diverso, el que ha hecho posible la victoria electoral del Movimiento al Socialismo (MAS). El MAS como partido ha asumido la representación de ese mundo autoorganizado que modificó radicalmente la historia interna. Históricamente los sindicatos fueron más poderosos que el partido; sin

embargo, nunca antes habían logrado constituirse en un partido que pudiera representar al conjunto de los trabajadores. Ahora se instituyó un partido levantado por las organizaciones, que ha sido el canal para que esa población integre el Gobierno y forme parte del estado. Creo que el hecho de que trabajadores estén decidiendo las cuestiones estatales -aunque no hayan logrado realizar modificaciones mas profundas- es el cambio más significativo, más fuerte en Bolivia. Esto ocurre, en menor medida, en el Ecuador. El movimiento indígena ha sido el motor que propició la coyuntura de la reforma. No es sólo que el movimiento indígena integre el Estado y esté gobernando, sino que, retomando una idea que propuso René Zavaleta Mercado hace tiempo, hay liderazgos, el indígena también, que se asumen o se auto-proponen como la representación de lo popular. René Zavaleta decía que el populismo existe allá donde no hay más capacidad de auto-representación. Creo que en la medida en que la auto-representación es menos generalizada y menos fuerte, entonces la representación política vía partidaria o liderazgo más carismático inclusive, es más fuerte, como en el caso ecuatoriano y venezolano. En el caso boliviano, en cambio, ambos componentes son fuertes: el liderazgo carismático y la representación de los movimientos indígenas. La clave, ahora, en todos los países, para poder seguir pensando las alternativas al modelo económico, es cuidar esa relación entre los procesos de auto-organización y los procesos de representación partidaria. Creo que tanto en Venezuela, en Ecuador, como en Bolivia, ha habido un momento de convergencia y de fuerza, se están desplegando tensiones en la relación entre la auto-organización y la representación partidaria, en vez de potenciar el trabajo conjunto para ver las alternativas.

Maristella Svampa: A partir de las exposiciones precedentes, lo primero que deseo subrayar es el hecho de que se está atravesando un punto de inflexión en la historia corta en América Latina que indica una desnaturalización en la relación entre globalización y neoliberalismo, y el pasaje a una situación de transición.

Otro punto es que no caracterizaría al período como post-neoliberalismo, es necesario analizar las continuidades y las rupturas del modelo neoliberal para cada caso en particular. Efectivamente resulta muy

difícil homogeneizar la situación por la que atraviesan los diferentes países latinoamericanos. Es indispensable realizar un análisis en términos de régimen político, social, y economía, para cada uno de los países. Se ha abierto, sin embargo, en este escenario de transición, un nuevo laboratorio de experiencias políticas, un laboratorio político en el cual han surgido cuestiones muy novedosas, y en las cuales se advierten tensiones que van dando cuenta de fuertes contradicciones al interior de los diferentes países. Tendencias contrastantes y contradictorias. Observo una situación cuyos rasgos fundamentales son el avance de las luchas indígenas, sobre todo en los países andinos; la propuesta de creación de estados plurinacionales, principalmente en Bolivia y en Ecuador, con una vocación por la interculturalidad; por último, la proliferación de lenguajes sobre la territorialidad, que también se expresan en términos de derecho. El paisaje latinoamericano, en tanto nuevo laboratorio político, se distingue al menos, por esas tres cuestiones o elementos muy positivos.

Sin embargo y simultáneamente se observa en América Latina la expansión de un modelo extractivo exportador, que se asienta sobre proyectos de gran envergadura, avalados por la Iniciativa de Integración Regional Sudamericana (IIRSA) y otras cuestiones, inclusive por los Tratados de Libre Comercio (TLC), que implican una propuesta de reordenamiento territorial en América Latina que tiene graves consecuencias sociales, políticas, culturales, y por supuesto ambientales. En América Latina se advierte que en el contexto de crisis del consenso neoliberal hay un retorno de una política neodesarrollista con base extractivista, que colisiona directamente con las formas tradicionales de integración social, y amenaza el futuro de las próximas generaciones.

Destaco esta cuestión porque se trata de un dilema de base, la discusión sobre los estilos y los modelos de desarrollo constituye el punto crucial, el verdadero punto de bifurcación, y también en esta línea es dable leer la tensión cada vez mayor entre movimientos sociales y gobiernos. El estilo de desarrollo adoptado, más allá de las diferencias entre países, muestra un claro acoplamiento entre modelos neodesarrollistas y gobiernos conservadores, gobiernos de centroizquierda, gobiernos de izquierda. El estilo de desarrollo adoptado se coloca por encima del signo ideológico.

En este contexto me gustaría subrayar dos temas o tendencias que están en el centro de mi interés personal, cuyo eje de reflexión es la experiencia de países como Ecuador, como Bolivia, y por supuesto nuestro país, la Argentina.

La primera tendencia, muy positiva y que constituye un desafío al pensamiento filosófico y jurídico, es la expansión de las fronteras de derechos. Los procesos constituyentes, de los cuales Ecuador y Bolivia son una ilustración fenomenal, no sólo por la apuesta de la creación de un estado plurinacional, como es el caso de Bolivia, centrada en el reconocimiento de derechos colectivos y respeto a las autonomías, sino también para el caso ecuatoriano, porque además de incluir los derechos colectivos, contiene los derechos de la Naturaleza. En la Constitución de Ecuador emerge algo muy novedoso, único en el mundo: los derechos de la Naturaleza. En Bolivia, lo central es el desafío de creación de un Estado Plurinacional, se constitucionalizan los derechos colectivos. De esta forma, el desafío por articular estructura nacional, territorio y autonomías indígenas ha dejado una marca en América Latina, algo que es realmente apasionante, positivo y verdaderamente innovador. Del mismo modo, en Ecuador enuncian los derechos de la Naturaleza, como elemento peculiar. Sin embargo coincido también con Luis Tapia quien señala que estos elementos transformadores vienen acompañados de un fortalecimiento de la matriz estatista. Es la reactualización en clave nacional de la tradición nacional popular. El proceso de Bolivia muestra una articulación entre esa narrativa de tipo indigenista y la tradición nacional popular, fuertemente instalada, que la figura de Evo Morales ilustra, más allá de la capacidad de autorrepresentación de los movimientos sociales. Evo Morales es más que eso, por eso el gobierno de Evo no es el gobierno de los movimientos sociales; Evo tampoco puede tener el monopolio de la representación de los movimientos sociales. Hay una tensión sumamente rica que introduce nuevos problemas para reflexionar sobre la potencialidad misma del Estado plurinacional, uno de los cuáles es cómo proporcionarle existencia real a esos enunciados de la Constitución.

Por otro lado, las dos constituciones hacen referencia a una consigna que permea el lenguaje latinoamericano de las luchas, que es la del *buen vivir*. La consigna del *buen vivir* ha sido objeto de debates en los últimos

tiempos. Esta consigna surge de la filosofía de los pueblos originarios, sobre todo de los pueblos andinos. Esta consigna es muy interesante porque efectivamente aparece contenida por este nuevo lenguaje de derechos y emerge como una superficie sobre la cual se pueden inscribir distintos sentidos emancipatorios, sentidos que señalan una articulación entre memoria histórica, matriz comunitaria indígena y mirada ecologista. Sin embargo, como dice la politóloga y funcionaria ecuatoriana Ana María Larrea, el *buen vivir* es un concepto en construcción, y desde nuestra perspectiva uno de los grandes peligros es que efectivamente sea manipulado en manos de la retórica de los diferentes gobiernos, o bien, termine siendo neutralizado por los funcionarios del Banco Mundial. Ya es costumbre que se neutralice la productividad política que tienen ciertos conceptos que nacen con fuertes elementos emancipatorios.

Resumiendo, esta es la primera tendencia: la expansión de las fronteras de derecho, acompañado de nuevos lenguajes, consignas con nuevos sentidos emancipatorios, que va en un sentido mucho más conceptual y teórico, y que forman parte tanto de las retóricas gubernamentales como del lenguaje de los movimientos sociales, más allá de la relación de tensión que exista entre ambos.

La segunda tendencia, sobre la cual he pensado más últimamente, se relaciona con los estilos o el modelo de desarrollo fuertemente asentado en la primarización de la economía, con base extractivista, que atraviesa todos los gobiernos latinoamericanos. Ventajas comparativas, posibilidad de salir de la crisis, como querramos llamarlo, éste es uno de los temas centrales que nos confronta a verdaderos dilemas que deben analizarse en clave cultural, y no solamente política y económica. Uno de ellos es la existencia de una fuerte tradición desarrollista en América Latina. El desarrollo es un concepto límite del pensamiento latinoamericano, existen imaginarios del desarrollo fuertemente instalados en nuestros países. En Bolivia hay un imaginario fuertemente extractivista, algo natural, dada la tradición minera que tiene el país; en Argentina hay un imaginario fuertemente agrario y también industrial, que también permea una historia de “progreso” del país. Es fundamental que el análisis se centre en la forma en cómo se manifiestan estos imaginarios del desarrollo hoy en la política de los gobiernos latinoamericanos. La importancia de estos imaginarios radica en

que tienden a obturar, reducir y constreñir el espacio del debate. De este modo, hay posiciones en torno a los estilos de desarrollo que no pueden discutirse, dada la importancia de estas valoraciones sociales, tan fuertes en la política y en las sociedades latinoamericanas. Por otro lado, la izquierda tradicionalmente ha tenido grandes dificultades para analizar cuestiones de tipo ambiental y adoptar la matriz indianista como punto de partida para la construcción de una práctica y de un discurso emancipatorio. Las izquierdas latinoamericanas tienen una fuerte tendencia productivista, suelen afirmar que la historia es la historia de la expansión de las fuerzas productivas antes que la historia de la lucha de clases. Ahí hay un punto ciego –creo yo– que hace que se visualicen algunas resistencias de los pueblos o de ciertas organizaciones sociales, como algo exógeno o romántico en el marco de políticas o de los nuevos gobiernos de izquierda o centroizquierda. Por otra parte, aunque haya un modelo neodesarrollista con base extractivista que atraviesa los distintos países, los escenarios latinoamericanos son muy diferentes. Con esto, quiero decir que no es válido homologar los debates y el contexto en el cual se desarrollan. Existen escenarios concretos de desposesión, para utilizar el término de David Harvey, que caracterizan no solamente a gobiernos neoconservadores y liberales, como Colombia, como Perú, o como México, sino el caso de la Argentina. Los países cuyo desarrollo se basa en la minería son un caso de desposesión, mientras que en otros países hay una tensión muy grande entre la dinámica de la desposesión y la discusión sobre el excedente, o donde la discusión se desplaza del modelo de producción hacia la cuestión del control y redistribución del excedente. Bolivia es un caso muy claro en el cual hay una obturación del debate acerca de la discusión de los estilos de desarrollo, centrándose el debate sobre el control y destino del excedente, para decirlo en términos de René Zavaleta. Cierro mi intervención planteando estas dos tendencias invitándolos a continuar con este análisis.

Horacio González: Voy a comenzar mi reflexión con la frase de Salvador Allende, en el último discurso en el Palacio de la Moneda, el discurso de las alamedas: “otros hombres superarán este momento gris y amargo, más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas”. Muchos recordamos este discurso hecho en medio del bombardeo. Un amigo mío

chileno que lo había escuchado por la radio, Radio Minería creo que era, me había hablado de algo que no conseguí entender bien en su momento, que era el estado de fuerte conmoción que tuvieron los que escucharon ese discurso, militantes del socialismo chileno. La pregunta para mí es si hoy se abren esas alamedas, en términos de lo que se consideraba socialismo en el Chile de los años 70, si se trata ahora de una situación como la de entonces, de un socialismo que ocurre en una nación pero en un contexto latinoamericano en el cual se insinúan procesos similares. Efectivamente estamos viviendo un momento donde es posible pensar una situación nueva, diferente, con contornos difusos y muchas indefiniciones. La idea del socialismo es una utopía del futuro, implica desarrollos y potencialidades futuras, aunque en la teoría original es menos una utopía que una estructura immanente al mundo. Pero ahora el socialismo es mencionado y nombrado por gobiernos latinoamericanos, figura en proyectos de constitución y constituciones, y sin embargo, es difícil atribuirle hoy los mismos significados que podía tener para un chileno o un argentino en los años setenta, en el momento en que era mencionado por un presidente que estaba siendo atacado por la aviación. La historia chilena en perspectiva sugiere que, aunque los sucesores de Allende siguen utilizando el término socialismo, sus contenidos, sus acuerdos sociales implícitos, son todos muy diversos y su acepción es mucho más amplia, a punto de tocarse con un difuso liberalismo, que cuando Allende se refería al más estricto concepto de socialismo. Ahora se utiliza en situaciones de asociaciones y alianzas con otros partidos que tienen una percepción de la realidad, de modelos económicos, empresariales y distribución de la renta muy diferentes. La palabra subsiste en un conjunto de incertezas y prácticas de sorprendente heterogeneidad.

El socialismo del siglo XXI en Venezuela se distingue por los proyectos de reforma de la Constitución, los discursos del gobierno explícitamente lo convocan, agregando un conjunto de definiciones nuevas, no bien explicitadas; estas insinuaciones de socialismo contienen ahora otras perspectivas comunitaristas. En la Constitución de Hugo Chávez, finalmente rechazada, aparece la noción de comunidad con mucha fuerza, como ámbitos autónomos con derechos a la percepción de la renta petrolera, organizadas al margen del Estado liberal. Este documento sugiere

que la forma tradicional de organización liberal del Estado, gobiernos provinciales, gobierno nacional, instituciones económicas relacionadas con el Estado Nacional centralizador, etc., deberían dejar paso a formas comunitarias, que sí serían socialistas y que implicarían una forma novedosa de poder social popular, y un paso posterior, una forma federativa. La Constitución de Chávez refleja esta noción de que el país se convertiría en una federación de comunas -esta es una fuerte insinuación del sistema chavista, cuyo antecedente podría rastrearse en Pierre Proudhon- que, sin embargo, no fue respaldada por una votación favorable. Esta nueva Constitución comunitarista socialista preanuncia una forma de gestión y de control social y popular de Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA) o quizás se trate del control de la gran empresa petrolera venezolana de los núcleos comunales autogestionarios que la rodean a la manera de lo que en China quiso ser "el gran salto adelante" con pequeños altos hornos en cada pequeña ciudad. En el contexto venezolano, la pasada expresión del socialismo transitando por las alamedas adquiriría dimensiones novedosas con un léxico y un vocabulario no explicitados en procesos latinoamericanos que tienen diferente orientación. En Brasil, Argentina, Uruguay, Ecuador, Bolivia y Venezuela se desarrollan procesos heterogéneos y se insinúan perspectivas que señalan futuros diversos, donde la palabra socialismo se halla más o menos cerca, e incluso donde no se la escucha, no deja de habitar en las sordinas de lo social. Se puede pensar en Latinoamérica en conjunto, aunque no todos los países están en condiciones de recoger los mismos legados, ni vivir la misma temporalidad social y política, ni pensar del mismo modo la modalidad empresarial pública, las reformas de la esfera pública comunicacional, y los modelos económicos que están siendo discutidos en toda la región. La experiencia de Venezuela tiene un rasgo característico propio en relación a las demás: la presencia de Simón Bolívar como texto organizador de la leyenda movilizadora, que constituye un legado histórico y legendario que presupone una atadura con connotaciones muy claras en el presente. Su resultado inmediato es el énfasis en un liderazgo único. Leí superficialmente el proyecto de Constitución, sin embargo pienso que ese liderazgo no está asentado como tal en el texto de la Constitución, es trans-constitucional. Es que una Constitución nunca dice cuál debe ser el lenguaje de la política y

sus opciones mítico-discursivas. El lenguaje de Chávez incorpora todas las expresiones sociales de los movimientos sociales y de los medios de comunicación, el lenguaje de masas y del folletín popular. Chávez incluye la forma popular que adquieren los medios de comunicación contemporáneos. La forma de utilización de los medios masivos de comunicación para expresar el liderazgo es un rasgo que distingue el proceso de Venezuela respecto a los otros procesos de América Latina. El bolivarismo venezolano tiene un rasgo historicista y fuertemente comunicacional que no innova respecto a la capacidad disciplinadora de los medios de comunicación sobre una sociedad. Pienso que si las grandes alamedas de esta época expresan explícitamente la palabra socialismo, sin embargo no se hacen cargo del conjunto de componentes nuevos en relación al Estado, el lenguaje social movilizador referido a la relación entre comunidad, sociedad y socialismo, y a la del ejército con el Estado. Estos vínculos no fueron pensados para una sociedad comunicacional de masas, una sociedad que retoma como valor positivo expresiones como "sociedad de conocimiento", lo que significa una fuerte hipótesis de tecnologización de los procesos de conocimiento. Salvo obras dispersas, y algunos textos de Carlos Marx, los anteriores procesos de gobierno que se llamaron socialistas no tomaron este problema. No creo que en estas condiciones y con un esfuerzo solitario, Venezuela esté en condiciones de resolver el problema de la alameda socialista hoy. Sin embargo, está atravesando un dilema muy interesante porque está avanzando en un proceso de cambio, pero carece de herramientas explícitas para resolver y ordenar el conjunto de elementos que contiene la expresión socialismo, aún en su utilización histórica más amplia. Me refiero a que hubo socialismos, sobre todo en Argentina, que postularon la alianza entre el pueblo y las fuerzas armadas en los años setenta y al amplio abanico que la palabra socialismo ha tenido en su historia. En Venezuela parece realizarse esa tesis, que tantas dificultades causó en la Argentina y cuyo recuerdo es tan perturbador. Esta es mi lectura sobre Venezuela a los cuarenta años de la caída de Allende. Me interesa mucho esta cuestión y no hago de la dificultad necesariamente un obstáculo, pero sí me parece un problema interesante porque preanuncia la construcción de nuevas formas políticas y de nuevos accesos a la militancia social. El tema interesante es hasta qué punto la fuerte presencia de Chávez, que inunda toda la escena

política, puede favorecer u obstaculizar el acceso a una nueva forma política, ese es un tema fuertemente abierto en Venezuela. Es un país donde, tomando las palabras de Emir Sader, su estructura económica real no habría permitido los despliegues expresados en los discursos, las expectativas y utopías populares. El modo en que está escindida la sociedad revela que puede ocurrir alguna de las tragedias latinoamericanas conocidas. La situación de Venezuela es riesgosa, no sólo desde ese punto de vista, sino de la acepción que puede adquirir el término socialismo. El socialismo de hace dos siglos influido por el denominado bolivarismo, que es una gesta emancipadora latinoamericana muy interesante -no en vano llamó la atención de Marx, aunque para desmerecerla- nos lleva a la disparidad entre la tradición de Bolívar reinterpretado por Hugo Chávez y el socialismo clásico y la capacidad de reinterpretarlo que exige mayores esfuerzos intelectuales y participación de todos los grupos sociales y políticos de extracción intelectual de América Latina, hecho que no está sucediendo. Existen obstáculos de todo tipo para analizar en profundidad estas dos potencialidades. Por un lado, el legado histórico específico de Venezuela, el Caribe y la región norte de América Latina, y el significado del término socialismo como una categoría interna de la historia de esos países, viendo incluso ahora el giro que le da Fidel Castro en sus últimos escritos, como una suerte de humanismo universal científico que alerta sobre una catástrofe inminente de la sociedad humana. El desarrollo de la cuestión venezolana, con la influencia de La Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) y los esfuerzos que percibimos constantemente de colocar al bolivarismo venezolano como una propuesta para el continente tropieza así con muchos obstáculos. El sujeto activo de Venezuela son las fuerzas armadas catequizadas y no un movimiento social propiamente dicho, aunque éste existe y tiene muchas potencialidades. El grado explícito de participación política, ideológica y económica de las fuerzas armadas, que actúan con una ideología antiimperialista, explícitamente inscriptas en su bandera, como vemos en los desfiles de las fuerzas armadas venezolanas, es problemático aunque por demás interesante. Existe una enorme disparidad entre éstas y las demás fuerzas armadas latinoamericanas: es otro contraste que diferencia a procesos que se creen homólogos y que no lo son. Para mí es un desafío a la teoría política latinoamericana muy

grande y no hay un desarrollo teórico suficiente sobre los nuevos procesos que se están desarrollando. La experiencia argentina tiene connotaciones más urgentes porque coloca a las fuerzas armadas argentinas en un lugar muy diferente al de las fuerzas armadas venezolanas. Quisiera acotar que la política militar del gobierno argentino es una política que tampoco está escrita de antemano y que difiere según los años y los énfasis de la política doméstica. Es impensable retroceder respecto al castigo de las jerarquías militares empeñadas en el terrorismo de Estado, lo que permitiría rehacer las fuerzas armadas bajo otros criterios. ¿Pero cuáles? El desafío es fascinante y paradójico. Fuerzas armadas surgidas del concepto de ciudadanía democrática es en lo que se piensa, a contramano de las fuerzas armadas nacionales del pasado, concepto que terminó avalando un baño de sangre. Pienso que es necesario debatir sin apelar a culpabilidades y presiones, cuáles son las fuerzas sociales y políticas reales que están sosteniendo hoy, incluso por parte de un gobierno que sostiene los juicios, una tendencia no muy distinguible en este momento, pero casi visible en muchas zonas de la discursividad oficial en términos no diría de una reconciliación, concepto impensable, sino de un pensamiento militar como "fuerza productiva, economía de paz o servicio público armado de la democracia activa". Algo así como era para el socialismo a la Jean Jaurés. Se requiere mucha imaginación política para afrontar este nuevo tema en la Argentina. Quizás sea el momento de distinguir efectivamente qué fuerzas sociales respaldan estas alternativas, si se la puede desviar y hacia qué zona productiva de una reforma moral e intelectual que incluya todas las fuerzas productivas. Hay que apelar a una construcción idiomática nueva para amparar otros destinos y diseñar la política de la Argentina sobre la urgente cuestión de las fuerzas armadas desafiadas en términos de otra subjetividad. Si se compara con el contexto venezolano en términos de Estado, renta petrolera y fuerzas armadas que intervienen fuertemente en la economía, que se autodenominan antiimperialistas, es evidente que el lenguaje de las alamedas, tiene actualidad porque no hay uno alternativo en América Latina. Pero es una actualidad basada en la añoranza y en la incerteza. Los fracasos del socialismo chileno, de la guerrilla argentina y uruguayo, están muy presentes en esta construcción de nuevos lenguajes. A pesar de tratarse de gobiernos tan dispares, tan heterogéneos, insistimos

una y otra vez en pensarlos como emanados de una fuente histórica y social común. Este capítulo de reflexión en torno a la creación de un nuevo lenguaje movilizador latinoamericano es muy estimulante. Hay una discusión respecto a Brasil, donde aparecen expresiones con una connotación muy vaga en torno al concepto de desarrollismo, un concepto central en ese país. En Brasil hay una continuidad desarrollista de la política desde Getulio Vargas en adelante, esa continuidad no existe del mismo modo en ningún otro país latinoamericano. Sé muy bien las diferencias con Luiz Inácio Lula da Silva, incluso hasta cierto punto con Fernando Henrique Cardoso, pero veamos también las semejanzas. El desarrollismo es una palabra que tiene cierto nivel de abstracción con tintes cepalinos y apristas impuesta en América Latina. Hubo gobiernos y partidos que se denominaron desarrollistas sobre todo en Argentina, no en Brasil. El primer APRA, específicamente, Víctor Raúl Haya de la Torre, es un fundador del desarrollismo en América Latina, en el sentido de que se avalaban libertades culturales diversas, pero se mantenía la viga de hierro de las fuerzas productivas modernizadoras. Hasta llegar al plurinacionalismo de la nación plurinacional como Bolivia hoy, donde la atrevida aventura cultural que eso significa no evita muchas veces conceptos clásicos del desarrollismo. Este concepto plurinacional es promisorio y al mismo tiempo, encierra paradojas que no tienen vocabularios de resolución explícitos. Es un concepto desafiante e intrincado. En cambio, el desarrollismo brasileiro está instalado en una nación y tiene continuidades en la diversidad –Getulio Vargas, Juscelino Kubitschek, Fernando Henrique Cardoso, Lula-. Tiene una fuerte persistencia, más allá del antagonismo actual entre el partido de Fernando Henrique Cardoso con el de Lula, Brasil continúa con su política exterior e industrial, destacada por todos los comentaristas y a la teoría latinoamericanista le plantea un fuerte interrogante. En Brasil existen políticas indigenistas, pero son las políticas del Estado, no hay en Brasil ninguna señal de que se vaya a alcanzar una situación parecida a la de Bolivia porque la disparidad es enorme en varios sentidos: la idea del socialismo de Evo Morales, el modo de explotación económica boliviana, con su campesinado histórico sobre un lago de gas, respecto a la articulación industria y sociedad en Brasil, es evidente que hace a Brasil y Bolivia profundamente heterogéneos. Es una situación hondamente paradójica

porque Brasil hizo avances de la esfera política e ideológica y ha tenido gestos muy promisorios con Bolivia. Sin embargo, atraviesan tiempos históricos diferentes que impiden pensar una Latinoamérica ligada a un proyecto común sino como un conjunto de situaciones dispares que sólo una generosa abstracción determinada, una "síntesis concreta de determinaciones múltiples" puede desentrañar. El obstáculo es que no hay una clase política latinoamericana con capacidad de reflexión porque cada uno de los gobiernos nacionales no tiene más alternativas que atender a las difíciles situaciones internas de cada país. La UNASUR es un empeño superficial en comparación con todos los problemas que hay que resolver. El ideal de "Brasil potencia" que asoma a veces es un concepto que está en el lugar de otro que debería haber y que aún no ha aparecido; todo lo cual no deja de preocupar. La vocación de Brasil de vincularse a la política internacional, su relación con Turquía, con Irán, al mismo tiempo que con Venezuela, colocan un límite a ciertas políticas latinoamericanistas al estilo del UNASUR. Esta Unión ha desarrollado formas novedosas aunque primerizas de política latinoamericana, es un esfuerzo interesante de crear una geopolítica con cierta autonomía respecto a los Estados Unidos. Genera, simultáneamente, disparidad en el terreno de la política exterior y nuevos debates por la hegemonía en el contexto del MERCOSUR. Esta discrepancia afecta no sólo a Bolivia o a Ecuador, sino a la propia Argentina. Las dificultades de la relación entre Uruguay y la Argentina a propósito del conflicto de Botnia constituyen un drama latinoamericano con fuertísimos efectos y una ilustración diminuta y casi provinciana de dificultades en el contexto de la política exterior latinoamericana. Un país como Brasil no está involucrado y puede pensar la política mundial pensando más en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que en la UNASUR, aunque desde luego le interese. Botnia es una situación de características nuevas, atípicas, que tampoco está comprendida con criterios adecuados, pues hay que inventarlos y no existen. A pesar de los esfuerzos de los latinoamericanistas progresistas, es un escollo que afecta a dos países limítrofes y al Río Uruguay. Muestra que las fuerzas sociales, políticas, la movilización, incluso la de Gualguaychú, las posiciones del gobierno argentino y uruguayo, son muy débiles ante la fuerza que tiene la instalación de una empresa multinacional de ese tipo. El tema se plantea a

nivel de las biopolíticas mundiales, tal como lo es la cuestión de la minería o las políticas agroalimentarias, cuyas alternativas se discuten muy lejos de los ámbitos de decisión nacional. Argentina y Uruguay no tienen otros discursos que el débil discurso jurídico que surge de la Haya, se juzga en la Corte de la Haya, de modo que es una ingenua planetarización de la política del Río Uruguay que afecta a dos países y a toda Latinoamérica. Las connotaciones que tiene este conflicto, desde el punto de vista de las nuevas fuerzas económicas que están presentes, relativizan absolutamente la idea de las naciones. Avanza tanto Bolivia en una idea –a mi juicio objetiva y subjetivamente interesante- de plurinacionalidad y dos naciones como Uruguay y Argentina, que están establecidas, completas, desde el punto de vista de su institución y donde no hay ni se vislumbran desafíos importantes que obliguen a cambiar las tradiciones heredadas de la configuración nacional, tanto desde sus fuerzas sociales y anímicas como desde el punto de vista territorial, bien, en ellas hay corrientes planetarias económico-productivas que instalan decisiones que las astillan en su soberanía sustantiva, aunque no se perciba en la lógica institucional visible. Existe un fuerte contraste entre estos países y Bolivia. Sin embargo, la cuestión de Botnia propone situaciones nuevas, que se refieren a la relación de las naciones con el territorio, con la naturaleza, con la forma de explotación económica, y con su consistencia misma desde el punto de vista de su estabilidad nacional. En numerosas ocasiones, analizando los discursos de los gobiernos uruguayos y argentinos, se percibe, -dicho esto sin culpabilidad, sin enojo y sin juicio desde el punto de vista de una mitología personal- se refleja una típica deficiencia para construir fundamentos nuevos para la política latinoamericana. El modo en que los gobiernos y los habitantes de Gualeguaychú, los cuales despiertan simpatía de hecho, manejaron el conflicto de Botnia, muestra claramente que no existen recursos suficientes para abordar una cuestión de esta envergadura, salvo conceptos sobre movimientos sociales que provienen de las décadas anteriores y criterios ambientalistas provenientes de horizontes pequeños burgueses de sensibilidad pública, que deben ser reconstruidos con tesis políticas más eficaces y operativas.

Para finalizar, quisiera destacar que es interesante que reaparezca la palabra socialismo en muchos países, con rango inclusive constitucional.

Para Argentina sería crucial que haya avances en el debate sobre emancipación porque existe una fuerte eclosión en el debate de los medios de comunicación, y también fuertes resistencias a pensar en un horizonte de reflexión más armonioso y coherente con una hipótesis de emancipación, rescatando así la expresión de la exposición de Maristella Svampa. Comparando el discurso actual sobre emancipación con el del período aquel cuando Allende hizo su histórico discurso en La Moneda, me gustaría resaltar que ese término no fue mencionado. Existía la palabra socialismo, liberación nacional. Esta última palabra, emancipación, efectivamente resguardaría ante nosotros la idea de que es posible preocuparse en realizar avances en la esfera pública, como ostensiblemente constituye la Ley de Medios de Comunicación, las políticas de derechos humanos, con los modelos económicos respecto a la economía extractiva, los modelos empresariales que están en juego, como en el caso de la empresa Barrick & Gold, que es motivo de preocupación de los movimientos sociales hoy. La idea emancipatoria que no tenga en cuenta la paradoja de esta situación, naciones autónomas y economías heterónomas, cuestionaría absolutamente la situación del horizonte político tal como se vive en la Argentina; pero resolver la paradoja con nuevos conceptos concretaría los avances en la agenda pública desde el punto de vista de derechos civiles, participación social y nuevas programáticas en términos de la vieja “dialéctica de la naturaleza”, así como de muchos temas relevantes que titubeantemente se insinúan. El dilema venezolano entre comunidad y sociedad; el dilema brasileiro, que es una continuidad desarrollista muy grande, pero casi al estilo de la vieja socialdemocracia alemana, adoptada por un partido que ha proclamado tener un elenco de temas –diría- muy generoso, el partido de los Trabajadores, PT- surge al amparo del socialismo, las comunidades eclesíásticas de base, también de cierto comunitarismo, desde el pensamiento de la emancipación también. Allí, no obstante, la palabra socialismo ha sido evitada. Hay que comprender que la historia contemporánea enseña que los vacíos de una palabra que vive son también vitales, y que su empleo superficial muchas veces es poco creativo. Propone un concepto interesante y su utilidad reside en su ambigüedad o en la tensión de su falta. Es un convocado potencial el socialismo. El PT se parece mucho más a una socialdemocracia a la alemana, casi de principios del siglo

XX, gestionando un capitalismo de características progresivas, es un dilema frente al cual no hay que espantarse ni juzgarlo adustamente sino tratar de resolver su paradoja de forma lo más progresista posible. Lula se negó a pronunciar la palabra socialismo. Sobre estas cuestiones prefiero no pronunciar la palabra, en términos de verla como un término siempre pronunciable que puede guardarse en el subtexto de una pronunciación vital prorrogada. Quisiera dejar abierta al futuro la noción de socialismo en nuestro diccionario que exprese cómo serán las futuras alamedas, antes de incurrir en un mal empleo de la palabra socialismo. Un apresurado uso puede ser erróneo y no propiciatorio, todo lo contrario, puede generar especialmente en los públicos urbanos asustadizos, como el caso de la población de Caracas, impulsos que se parecen demasiado a los impulsos golpistas.

Juan Carlos Marín- Comparto mucho de lo que han dicho. Les cuento cómo pienso, y las razones de mi mirada sobre América Latina, pensando en todo el territorio, sin exclusiones aunque existan situaciones catastróficas... indeseables! Cuando pienso en América, destierro inicialmente ciertas palabras, como "progresismo", "populismo", "nacionalismo", etcétera. Porque se corre riesgos de agrupamientos muy confusos.

¿Cuáles considero son las identidades de los dos ejes que siempre, inevitablemente, tomo en cuenta?

Primero: el Estado Nación se sigue construyendo en América Latina; o sea, no lo considero como puntos de llegada cristalizados, estáticos, sino que asumo que es un proceso que está en constitución; y me interesa conocer e indagar acerca de lo *constituyente* de ese proceso. Y segundo, con frialdad, miro de qué manera crece, se expande cualitativa y cuantitativamente, esta formación social de carácter capitalista, que es la única formación social que tiene realidad, lo único que existe.

Siempre fue lo único que existía, pero por el deseo, la fantasía, la ceguera, las contradicciones, etcétera, creíamos que el deseo se estaba construyendo. Haciendo este despojo, lo único que me queda es pensar y señalar qué creo que sí, qué es sustantivo en toda América Latina.

Es que hay un profundo cambio cultural, y que la construcción y el procesamiento de ese cambio cultural nos tiene que alertar cualitativamente, y comprender qué es lo que está sucediendo de positivo. O sea, doy por descontado que el capitalismo sigue creciendo, que lo que sucede políticamente y estructuralmente, es la construcción de un Estado Nación. Esta construcción, reflejo del cambio en el estado del poder, no ha llegado a su punto terminal, sino todo lo contrario, por todas las contradicciones que hemos tenido en los últimos cincuenta años en toda América Latina. El arma de la cultura en este proceso es, y ha sido, muy importante; sobre todo, se hace evidente, cuando se analiza la situación en cada país latinoamericano.

A partir de las confrontaciones que objetivamente suceden, dejo de lado los proyectos, y supongo que todos, de alguna manera u otra, expresan proyectos que están subordinados a este doble carácter de expansión de los Estados Nacionales y del crecimiento cualitativo y cuantitativo del capitalismo. La cultura dominante, en su retraso, objetivamente, es uno de los más importantes obstáculos en la resolución de las confrontaciones que se suceden, que se están desarrollando territorialmente en las contradicciones en el estado del poder. Es un elemento que tradicionalmente no se tiene en cuenta. La cultura de clases, en retraso, produce una enorme cantidad de contradicciones que se prolongan y no debemos soslayarlas. La oligarquía, la burguesía venezolana son un obstáculo, y lo van a seguir siendo durante mucho tiempo. Es un error no pensarlo, debe ser enfrentado y desarmado ese obstáculo que ejercen las diferentes culturas dominantes. Muchas de las construcciones políticas de América Latina, permanentemente soslayan ese retraso en la identidad cultural y sobredimensionan y dan como socialmente operantes otras identidades culturales ya obsoletas, que no tienen relación con las realidades sociales de su momento. Y en ese sentido se corren riesgos inútiles, por no decir la amenaza de fracasos muy sustantivos, para todos aquellos que intentan realizar una crítica práctica, sin caer en la crítica especulativa. Otro elemento que constituye un peligro y amenaza es que, en toda América Latina, hay un crecimiento cualitativo que tiende a categorizarse como "situación progresista"; que en cada territorio toma la peculiaridad de ser nominado como un "nacionalismo populista". Este

proceso soslaya que en cada territorialidad empieza a instalarse y actualizarse el modo de una identidad de dos grandes fuerzas: el crecimiento del carácter capitalista del orden socio/económico; y, en correspondencia, el crecimiento del orden estatal.

No pretendo reducir la confrontación al problema de la cultura, pero nunca como ahora es tan relevante la confusión cultural acerca de lo que está sucediendo, de las intenciones, y sobre todo, de la realidad operante.

[Personalmente estoy bastante conmovido por lo que está sucediendo en México, en Venezuela, lo que la historia de Chile, por supuesto. Deseo resaltar respecto a Chile que Salvador Allende alcanza la presidencia con el apoyo de dos partidos, no de uno solo, lo cual es importante, porque si la imagen que se tiene de Chile es que llega Allende en nombre de un frente político partidario, no es válida. La Democracia Cristiana objetivamente lo ungió presidente del país, es decir que el esfuerzo histórico en muchos territorios de América Latina por dar el paso adelante, sucedió, pero en ningún momento inhibió dos procesos reales.]

¿Quiénes entorpecen el crecimiento, y la autonomía en la construcción de un Estado Nación, y quienes obstaculizan el proceso de democratización ampliada?

Creo que es crucial elaborar un balance de positividad hoy día en América Latina. Propongo que conversemos nosotros para conjeturar acerca de cuáles y cómo son las confrontaciones políticas actuales en América Latina; porque lo que está sucediendo en nuestro continente es que se suceden confrontaciones tremendamente sustantivas. Pienso que orientar el análisis del proceso desde la perspectiva de dar por real lo que es deseable y posible construir, da por supuesto que lo que se está construyendo y las condiciones reales eso es lo que está sucediendo. En la realidad existen fuertes confrontaciones.

[Chávez propone un texto de Constitución, es derrotada la Constitución. Si a un extraterrestre le explico que esa Constitución pretendía establecer las seis horas de trabajo y es votada negativamente, no entendería mucho.]

Me interesa que logremos avanzar en el plano de explicitar: ¿qué confrontaciones están sucediendo en América Latina?; ¿qué desarme intelectual hay que realizar para construir una cultura que pueda

comprender las actuales confrontaciones? Si contáramos con ese nuevo armamento, pertrechamiento intelectual, nos permitiría colaborar y ayudar positivamente, humanamente, en muchas de esas confrontaciones...

Pienso en casos concretos del pasado en que las interpretaciones de lo que se sucedía eran confusas y contradictorias; y, por supuesto, cada uno de ustedes, puede pensarlo en cada uno de sus países respectivos. Pienso en Argentina, pienso en Chile de 1973; en la cultura de la burguesía, de la pequeña burguesía que no compartía el proceso político que se desenvolvía. Le atribuían una amenaza catastrófica... La causa fue un profundo malentendido coherente con la historia cultural de cada clase; vivían los gestos de ese proceso como actos de casi de terrorismo... la amenaza más caricaturesca a lo que se podía llegar era lo dominante. Existe una debilidad en muchos de los que construyen estos procesos políticos sociales, no prestan atención a que es necesario producir un cambio cultural; el cual tiene que tener muchas más vueltas de tuerca si es que se quiere desarmar la violencia potencial, presente en la cultura preexistente en todos los sectores que se sienten desplazados.

Violencia potencial hay, en el desenvolvimiento actual en cada país de América Latina. La variable estructurante más sustantiva, en este sentido, es que esta expansión del capitalismo en cada uno de estos territorios, tiene una direccionalidad que no la instala libre y autónomamente ninguno de los países. Esta tendencia es una consecuencia, la presencia de una voluntad, una compleja confrontación con el plano internacional mucho más acentuada que en el pasado.

Las características sociales y políticas que asume el desenvolvimiento de cada proyecto de Estado Nación en todo su territorio, son muy heterogéneas y se suceden en forma desigual. A su vez, la lucha por la emancipación nacional aún no es plenamente autónoma en cada país; los intentos individuales de imprimirle una direccionalidad autónoma a la expansión capitalista, se están enfrentando a obstáculos muy serios a través de sus confrontaciones intercapitalistas a nivel nacional e internacional.

Actualmente, Argentina tiene un hándicap que no lo tiene del mismo modo, ningún país en América Latina y que marca una desigualdad tremenda... Es que en Argentina, por una compleja contingencia histórica,

sus fuerzas armadas fueron derrotadas militarmente. Ningún país de América Latina fue derrotado militarmente... Mucha de la construcción actual social y política que se está realizando en Argentina, se debió a partir de ese desarme militar; y por supuesto, la continuidad de la lucha política democrática fue creando condiciones para transitar de un desarme militar al desarme moral en que actualmente está este proceso. Este excepcional principio de desarme, no está plenamente instituido... se continúa actualmente mediante el desarrollo de una lucha que se sostiene a través de procesos judiciales... Este fenómeno no es nada despreciable y es la advertencia de que no es tan fácil en muchos territorios de América Latina, avanzar en la construcción de la emancipación nacional y del proceso de democratización, si este principio -del desarme militar y moral- no se enfrenta. El proceso sucedido en Venezuela es otra excepcionalidad que debe analizarse. En Venezuela hubo una serie de coyunturas políticas y confrontaciones que se orientaron hacia un lento proceso de desarme militar de las identidades sociales más reaccionarias. La fuerza militar, material, económica y moral que poseen las fuerzas que obstaculizan este proceso, aún no han sido totalmente desarmadas; sobre todo no se destruyó el arma más sustantiva que ha logrado construir justamente la hegemonía y el dominio histórico del conservadurismo político: su identidad moral.

Por último, me interesaría escuchar sus descripciones sobre los sucesos de América Latina en función del mapa de las confrontaciones existentes actualmente; y de qué modo se puede contribuir al desarme del campo agresivo que aún mantiene esa vocación infinita hacia la guerra y el genocidio...

María Maneiro- Muchas gracias a todos. Concluimos la ronda de los expositores, en algún sentido, dando un giro a las cuestiones con las que había comenzado Emir Sader, pero desde otra perspectiva. Una, desde las modificaciones y otra desde los peligros o desde los obstáculos, creo que fue una modalidad contingente y que fue muy interesante volver desde otra parte y realizar un giro espiralado. Se plantearon muchos temas para iniciar el debate. Las presentaciones de Maristella Svampa y de Luis Tapia tienen algunos puntos en común, sin embargo, sería interesante retomarlos y

analizar su contenido y el regresar a la cuestión de qué entendemos por socialismo hoy, qué fue sucediendo con el término socialismo. Este debate nos deja un legado sobre movimientos emancipatorios. Las intervenciones de ustedes fueron muy enriquecedoras, los invito a comenzar el debate sobre sus presentaciones.

Emir Sader- La década del noventa es una década de rescate, su tema central es el de la superación de la hegemonía debilitada por una nueva. La primera y equivocada visión de independencia de los movimientos sociales respecto a la subordinación y alianza con la burguesía fue sustituida por una nueva, la de la autonomía de los movimientos sociales respecto a la política, al Estado. En el Foro Social Mundial resultó muy claro que dentro del Foro, de ONG's, la hegemonía de algunos movimientos sociales, que fueron incapaces de generar una fuerza política a partir de una fuerza social. Me atrevería a afirmar, de manera muy poco modesta, que fue un dilema, no sé si fatal, de los piqueteros argentinos. El "que se vayan todos" era lindísimo, pero era renunciar a la disputa hegemónica, al igual que el zapatismo, al buscar la emancipación de los chiapanecos sin una confrontación política a nivel nacional. El viraje histórico y fundamental sucede cuando los movimientos indígenas bolivianos abordan la organización de su partido político, disputan la hegemonía y eligen uno de los suyos para gobernar el país. Lo fundamental es que esto significa un punto de no retorno, y que rescata la política a contramano del neoliberalismo que privilegiaba la economía, y de movimientos sociales y ONG's que privilegiaban lo social. Lo decisivo es que los temas se vuelven a plantear porque no hay fuerza hegemónica que no rescate la idea de lo nacional, bajo cualquier signo, ya sea de derecha o izquierda. Hasta las dictaduras militares tuvieron que tener una impronta nacional, una idea de nación, de identidad, de búsqueda para intentar hegemonizar procesos, una noción de lo propio, no en contraposición a lo internacional. El tema de la agenda lo incorpora, como diría Ernesto Laclau, siempre el ganador. El tema del desarrollo también, porque hubo en Brasil un momento de ruptura, cuando venció Fernando Henrique Cardoso. Cardoso se propuso cambiar la página de Getulio Vargas porque el neoliberalismo es imposible con un estado regulador y desarrollista, y el

desarrollo desapareció también allá. El desarrollismo se trata un poco despectivamente. Se habla de neodesarrollismo, como si fuera un error del pasado del neoliberalismo, como si estuviéramos al nivel de desarrollo de Escandinavia. Por este motivo, estabilizamos la economía y no pensamos en el diseño de un modelo de crecimiento. La cuestión central del proceso de Ecuador, de Bolivia, es el desarrollo, porque sin él el panorama será similar al que vive China, por supuesto es cuestión de elegir un estilo de desarrollo adecuado. La disyuntiva de China era entre dos catástrofes, igualitarismo en la miseria, y en la miseria no hay salvación, o la construcción de las bases de desarrollo para la emancipación. Lo destaca Álvaro García Linera, lo hizo también Deng Xiaoping de una forma muy distinta. El punto crucial es la elección entre modelos que conducen a la emancipación con bases materiales de desarrollo- este tema es esencial, que no se opone con el equilibrio ecológico, se enfrenta a la idea del preservacionismo que es una noción conservadora de preservación de la naturaleza- o el no desarrollo en la miseria. La apología de las fuerzas productivas, conduce a la multiplicación de la energía contaminada, porque no se desea energía limpia, aunque es una cuestión importante para Ecuador, para Bolivia, y para Brasil. Pienso que no hay que fundir la idea de desarrollismo. Si Ecuador no desea explotar sus recursos naturales, va a solicitar financiamiento en Europa para que no explote sus recursos, continuará el nivel de miseria actual. Si se construye el gasoducto continental habrá gas en las poblaciones pobres de América del Sur, modificará la Amazonia. El interrogante es cómo se recompone este proceso, si no significa una renuncia al progreso, al desarrollo material, es- como diría Lula- un tema del centro sur de Brasil, que no está relacionado con la iniciativa de proveer acceso de agua a los pobres del país, sino que se trata de un tema conservador, ya que significa no manipular las necesidades fundamentales de la gente. Existen varios análisis que se pueden radicalizar o evitar, nuestro texto fundamental es el siguiente: un análisis teórico que no desemboque en espacio de combinación de fuerzas, está mal formulado, se pueden exponer discursos críticos, radicales o moderados, pero para tener un instrumento de transformación es indispensable realizar un análisis teórico. Una carencia de la izquierda tradicional en América Latina ha sido la ruptura entre la elaboración teórica y la práctica política. En consecuencia la

elaboración teórica tiende a volverse intelectual, liberal o ultraizquierdista y se encierra en sí misma. Pero la teoría en sí misma, distanciada de la práctica, no resulta efectiva ni concreta. La práctica se vuelve pragmática, casi oportunista, porque abandona reflexiones autocríticas, estratégicas y programáticas. La verdad es que la teoría nuestra es muy linda, la práctica no lo es. La ultraizquierda latinoamericana, no captaba la realidad en sus contradicciones propias, y fracasó porque unió todo y creyó que todo era igual. Es necesario reflexionar teóricamente sobre los gobiernos contradictorios como los de Brasil y Argentina, analizar sus argumentaciones y observar hacia dónde se dirigen, cuáles son las palancas que accionan y hacia qué dirección y cuáles son las fuerzas que pueden contrarrestarlas. La nueva inserción internacional de América Latina es un cambio decisivo, porque significa adoptar una postura frente al elemento más importante de la historia de nuestra época, la hegemonía imperial norteamericana. La postura frente a esta hegemonía es una referencia valiosa para conocer la naturaleza de los gobiernos. Existen gobiernos que luchan por un mundo multipolar, otros que tratan de debilitar la hegemonía norteamericana. Creo que el análisis no debe centrarse sólo en las relaciones de fuerza internas, ni en nuestra actitud respecto al capitalismo, de la postura frente a la hegemonía norteamericana surgen diferencias de matices importantes de gobiernos de una naturaleza y de otra dentro de América Latina, es el tema político esencial. Valoro un movimiento social por su postura frente a gobiernos que están combatiendo al neoliberalismo, que es la modalidad de existencia del capitalismo. Existen otros elementos que se podrían abordar, pero creo que el tema de la Alternativa Bolivariana para América (ALBA) es muy significativo. El ALBA es un proyecto chico de colaboración y complementación política, social y económica entre países de América Latina y el Caribe, promovido inicialmente por Cuba y Venezuela como contrapartida del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), impulsado por Estados Unidos. Es un modelito que promueve el comercio justo con intercambio comercial fuera de la ley de mercado, muy pequeño pero independizado. Son formas incipientes de intercambio pero que señalan un sendero de superación real del neoliberalismo. Consiste en establecer ciertos eslabones en la alternativa de un intercambio, un modelito de construcción de carácter anticapitalista. La idea central es

realizar un intercambio según las posibilidades que ofrece cada país, el canje entre Venezuela y Cuba se basa en el hecho que Cuba no puede comprar el petróleo que necesita y Venezuela no tuvo históricamente la oportunidad que tuvo Cuba de construir sistemas educativos, salud pública, ni desarrollar la técnica de deportes que para Cuba fue propicia. El ALBA habilita intercambios internos mediante los cuales se logró el fin del analfabetismo en varios países. Otras formas desmercantilizadas de comercio son las que organiza la Escuela Latinoamericana de Medicina, con la Operación Milagro. Los temas de inserción internacional y su relación respecto al imperialismo norteamericano son elementos que hay que integrar en el proceso de construcción de una hegemonía alternativa en América Latina y que necesitan que se establezca un eslabonamiento de elementos como los intercambios del tipo del ALBA.

Juan Carlos Marín- Me interesa mucho la opinión de Maristella Svampa respecto a la Argentina. El motivo de mi preocupación es porque es útil para el análisis de las experiencias de construcción política en desarrollo en América Latina que, sin embargo es permanentemente obstaculizada por indiscutibles confrontaciones en un deseo de logro de esa hegemonía social necesaria para construir las metas propuestas de cambio social. Ejemplifica el tema de que ciertos procesos son autoritarios en el campo, no sólo de la izquierda, sino de sectores progresistas, aunque hubiese sido posible utilizar formas alternativas. En la Argentina el análisis de lo que no se está haciendo es un elemento bastante importante, me interesa cuál es la opinión de ustedes como grupo.

Emir Sader: Es muy espectacular el movimiento de los piqueteros que no logró, por razones que me gustaría comprender, transformar la fuerza social en pos de disputar la hegemonía. La cuestión del corporativismo de los movimientos sociales fue una categoría decisiva, que provocó que no trascendiera la fuerza para una disputa por la hegemonía, aún cuando no buscaba modificar el nivel social, hubiese permanecido con una fuerza social.

Maristella Svampa: Prefería no hablar de la Argentina, porque sencillamente, no es un proceso que me interese particularmente en su novedad, sólo como fenómeno que nos permite una mirada comparativa. Pero voy a mencionar tres puntos. El primero, que Emir trajo a colación, se refiere al rol de los movimientos sociales. Debemos partir de la base de que, efectivamente, los partidos políticos hace mucho tiempo han perdido el monopolio de la representación política, y que en toda América Latina se ha creado un vasto campo multiorganizacional donde confluyen movimientos sociales de distintos órdenes, con diferentes orientaciones, que van configurando una nueva cartografía difícil de articular. En segundo lugar, ha habido un cambio en el sujeto social, sobre todo en relación a las clases populares, que se expresa a través de una nueva gramática de las luchas. Personalmente, me interesa mucho analizar y señalar las características de este proceso. Cuando nos referimos a movimientos sociales siempre hablamos de actores que efectivamente se insertan en una dinámica política de carácter recursivo, y que, por ende, repercute en los propios actores en su relación con el sistema político. Cuando hablamos de movimientos sociales, nos referimos a actores que aunque desarrollen su acción a través de una dinámica corporativa, en la misma dinámica, van enriqueciendo su plataforma discursiva y representativa, y desplegando un lenguaje más general a través de la adopción de consignas comunes. Bolivia es un caso único en América Latina porque los movimientos sociales convergieron en dos consignas comunes, que se sintetizaron en la nacionalización de los recursos naturales y en el llamado a la Asamblea Constituyente. Argentina, al contrario, fue un ejemplo de la fragmentación originada en el hecho de que existen nuevas narrativas de construcción de la subjetividad política. Existen varias izquierdas. La izquierda tradicional, partidaria, ha sido muy cuestionada desde las nuevas subjetividades políticas. Existe también una izquierda nacional popular y una izquierda indianista, sobre todo en los países andinos. Por último, existe una nueva narrativa autonomista que se expande por doquier en diferentes movimientos sociales, constituyendo nuestra realidad. Creo que esta última es la que se expresó de una manera radical en la Argentina en el año 2002. Esa radicalización de la narrativa autonomista no apuntó a la construcción de nuevas alternativas. Constituye aún un interrogante si la aparición de este nuevo discurso es un límite de la

política o un límite de esta narrativa. En tercer lugar, hay dos miradas posibles sobre los movimientos sociales: por un lado se les reconoce que desde abajo construyen nuevas redes de solidaridad, nuevas formas de autoorganización, pero por el otro, se les reclama que abandonen la dinámica defensiva o destituyente, y que se involucren en la construcción del nuevo poder del Estado. Ese es un reclamo de los gobiernos progresistas, de centroizquierda, de izquierda. Por el otro lado, existe siempre el riesgo de la subordinación, la instrumentalización, y la estatización de los propios movimientos sociales, que ha sucedido, y continúa sucediendo en los propios gobiernos. Por ejemplo, en Argentina existe un clásico modelo de participación controlada, bajo el kirchnerismo, en el cual los diferentes movimientos sociales no han sido capaces instalar nuevos temas o de radicalizar la agenda política.

Hay que comprender el cambio en las subjetividades políticas relacionadas con un proceso de desinstitucionalización de las sociedades contemporáneas, de cuestionamiento de la juventud militante a la izquierda tradicional y clásica. La realidad latinoamericana es rica en este tipo de construcción de nuevas subjetividades. A partir de este hecho podemos analizar cuáles son los alcances de este ethos, que desarrolla un lenguaje emancipatorio más modesto y más acotado. Quizás esta narrativa no construya una imagen del socialismo en función del lenguaje de las alamedas, como diría Horacio, sino que construye una nueva gramática de las luchas con un lenguaje más moderado, más limitado, con una mística negativa, y con una enorme desconfianza hacia los procesos de institucionalización política. En fin, creo que se hace demasiado hincapié en la crítica a la acción de los movimientos sociales, cuando éstos han realizado un esfuerzo enorme por colocar en la agenda nuevos temas. Los movimientos sociales son los sujetos que han colocado en la agenda temas trascendentes como el despojo de derechos y el Estado plurinacional, entre otros.

Juan Carlos Marín: tu análisis es muy descriptivo

Maristella Svampa: no es descriptivo, es analítico, y son elementos a considerar para analizar la realidad latinoamericana. En primer lugar, en

Bolivia, cuando se hace referencia al Estado plurinacional, hay que considerar que la propuesta del Pacto de Unidad, que tuvo origen en los movimientos sociales, vino de las organizaciones indígenas y campesinas. En el marco de la Asamblea Constituyente, se problematizaron las iniciativas y surgió otra propuesta, que es un hecho que efectivamente merece un análisis, pero hay un proyecto político que expresó la alternativa política de los pueblos originarios, a través del Pacto de Unidad. En el resto de los países hay que analizar caso por caso porque las relaciones entre gobiernos y movimientos sociales son muy tortuosas, muy conflictivas. Lo son aun en el caso boliviano, más todavía en el caso ecuatoriano, el caso brasileño y el argentino.

En segundo lugar, plantearía el tema de desarrollo mencionado por Emir Sader y Horacio González. El crecimiento es una idea movilizadora que atraviesa el pensamiento latinoamericano, y el desarrollismo es una caracterización de distintos gobiernos latinoamericanos, en especial los de las décadas de los cincuenta y sesenta. Pero el desarrollismo ha dejado marcas en el pensamiento y la política latinoamericanos y es casi indemne a las críticas y a los procesos de reconstrucción teórica y política que han surgido en las últimas décadas. Hubo importantes cuestionamientos al desarrollismo y un proceso de deconstrucción de la idea de desarrollo que viene de varias fuentes: desde aquel conocido diccionario del desarrollo que coordinó Wolfgang Sachs, hasta las críticas que se han hecho desde el lado del indigenismo y de los movimientos ecologistas. A pesar de esta deconstrucción el desarrollismo sigue permeando hoy, con matices históricos propios, el pensamiento y la práctica política latinoamericana. En los años cincuenta o sesenta este concepto se asocia a una matriz productivista con base industrial, en donde el rol del Estado es fundamental. En cambio el neodesarrollismo actual, se relaciona con una economía extractivista más intensiva y enmarcada en un contexto de un poder económico mucho más transnacionalizado que en las décadas del cincuenta y sesenta. Todas las economías en América Latina, están claramente transnacionalizadas, más allá del rol que tenga el Estado. En Bolivia y en Ecuador se está reformulando el rol del Estado, en términos de Estado productor. En otros países se observa que permanece todavía el Estado con un rol metarregulador, que en términos de Boaventura de Sousa Santos,

legitiman la acción de los actores supranacionales. El conflicto de Botnia, que señalaba Horacio González, que afecta a Argentina y Uruguay, no es novedoso. El rasgo reciente es que en ese conflicto no hay sólo dos estados sino grandes corporaciones multinacionales. Los estados nacionales asumen un rol básicamente metarregulador, tanto en Uruguay como en Argentina. El desafío actual en América Latina es recrear el Estado Nacional sobre nuevas bases en el marco de la globalización donde actúan actores e instancias supranacionales. El interrogante es si nuestro continente está en condiciones de contrarrestar los límites impuestos a América Latina. La problemática del desarrollo, de sus estilos e instrumentos es crucial y requiere del diseño y reelaboración de estilos y modelos para los países latinoamericanos. Esto diferencia al conflicto de Botnia de una larga tradición de conflictos entre países limítrofes en América Latina. Brasil tiene problemas con Paraguay, lo ha tenido también con Bolivia. Ecuador y Colombia lo tienen por otro lado, en Argentina y Uruguay históricamente la asimetría entre país grande y país chico ha ocasionado problemas.

En tercer lugar existen variadas versiones sobre ambientalismo en América Latina. Limitar las visiones a la mirada preservacionista o conservacionista es imposible. Existen hoy nuevas gramáticas de las luchas que asocian el ambientalismo a una nueva ecología popular que se asienta sobre distintos conceptos: bienes comunes, buen vivir, derechos de la naturaleza, justicia ambiental. Son cuestiones concretas, no se trata de un lenguaje abstracto; están siendo debatidos por los movimientos sociales y por distintos gobiernos en América Latina. El caso más típico es, sin duda, Ecuador, donde se está discutiendo el extractivismo y analizando el pos-extractivismo. El planteo de los ecuatorianos resulta discutible y contradictorio porque pareciera que para superar el extractivismo hay que acentuarlo. En Bolivia, donde las ambivalencias son muy claras, la cuestión ambiental y el equilibrio ecológico no son un tema, García Linera desconoce la cuestión ecológica. Álvaro García Linera utiliza un lenguaje crudamente industrialista, que no incorpora la matriz ambientalista y considera, sobre todo, que es una cuestión más bien exógena, proveniente de los países industrializados. En la actualidad el gobierno boliviano está acusando a aquellos que se oponen a la expansión de la frontera hidrocarburífera en la amazonía paceña, los está acusando de ser organizaciones ambientalistas

que están asociadas a La Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) que es la agencia de cooperación norteamericana. Se puede disentir con un gobierno cuyo argumento es que no hay otra forma de financiar las diferentes políticas y programas sociales implementados, si no se explotan los recursos naturales, pero otra cosa es deslegitimar, acusar de proimperialistas los avances o las resistencias ambientales que existen actualmente en América Latina. El extremo de esa posición es la masacre de indígenas amazónicos de la Provincia de Bagua, en Perú, debido a la expansión de la frontera de la Amazonía. El modelo de desarrollo es debatible pero no se puede minimizarlo a una oposición entre visiones fundamentalistas, lo que Rafael Correa denomina irónicamente el ecologismo infantil, o visiones hiperproductivistas. En el centro se puede diseñar un modelo que defina el rol del Estado, y las posibilidades de explotación racional, estratégica, de preservación, realmente, de la vida, de las poblaciones y del medio ambiente. Lo que ocurre en América Latina es que asistimos a la plena expansión del capital, pero en términos de desposesión de aquellos territorios ricos en recursos naturales, ricos en biodiversidad. Esta es una problemática que no se puede reducir o simplificar. El dilema no es preservacionismo versus productivismo sino el de analizar las posibilidades de los estados nacionales de implementar modelos de desarrollo inclusivos y que estén en condiciones de proteger la vida de las generaciones futuras. Todos los pueblos tienen derecho a elegir el modelo de desarrollo, no son los gobiernos los que los eligen. Los pueblos, y más aun con la reciente la expansión de fronteras del derecho, tienen colectivamente, la necesidad y el derecho, a elegir qué modelo de desarrollo les conviene más en función de sus propias realidades.

Juan Carlos Marín: Aun no tienen el derecho pero debieran tenerlo...

Maristella Svampa: En términos constitucionales o jurídicos a nivel internacional existe el reconocimiento de que los pueblos deben ser consultados. Eso está incluido en el Convenio 169 (N. del E. Se refiere al Convenio 169 sobre Pueblos Indígenas y Tribales, de la Organización Internacional del Trabajo).

Juan Carlos Marín: En la realidad no es consultado.

Maristella Svampa: En la realidad son las luchas las que demandan, las que abren esos escenarios.

Juan Carlos Marín: Ese es el punto al que quería llegar.

Maristella Svampa: El reconocimiento de que los pueblos deben ser consultados es una lucha abierta, pero está avalado por una legislación internacional y por legislaciones nacionales, porque está incluido en las propias constituciones, por los últimos procesos constituyentes de Ecuador y Bolivia.

Juan Carlos Marín: Justamente, lo que me interesa es la importante oposición en el mapa de las confrontaciones... ¿cuál es la resultante de las mismas?; y ¿qué puede hacerse?... a partir de las confrontaciones actuales concretas en cada uno de esos territorios. El análisis tiene que ser más riguroso, más sensible, más desagregado en sus escalas de registros y niveles de análisis; pero es bueno que se vaya construyendo un mapa de confrontaciones en las construcciones positivas, de las negatividades que arrastran y los enfrentamientos que producen. Estas oposiciones no son lo único que impide la construcción del esquema, sino los deseos de que la misma se realice de acuerdo a ciertas características. Lo que se observa es que éstas no están siendo consideradas y se producen por un mapa de pequeñas confrontaciones. Los movimientos territoriales son un mapa de sugerencias para aquellos que expresan el estado del poder en un momento dado. Me preocupan aquellos que expresan el estado del poder en un período que tienen obstáculos potencialmente entre los propios, porque ahí se instalan pequeñas contradicciones, que luego pueden ser crecientes. El interrogante consiste en cómo operar en ellas, cómo tratar justamente de encontrar el equilibrio que se construye. La cuestión es cómo lograr el equilibrio que incorpora más ciudadanía. Ese tipo de mapa ha crecido enormemente, pero no con claridad ni tampoco ha crecido un pertrechamiento intelectual adecuado en América Latina. Ciertas construcciones culturales hacen mucho daño. Creo que la contribución de

los intelectuales, científicos sociales, es crucial e indispensable no sólo en la construcción de este mapa, en el tipo de sus registros y procesamientos, sino en plantear de qué manera hipotéticamente se pueden construir alternativas que no supongan exacerbar esas confrontaciones. Me preocupa muchísimo no sólo la experiencia en la Argentina sino la de otros países, que tienen ciertas estructuras analógicas. Está creciendo un intento de una nueva autonomía nacional estatal, el esfuerzo de un proceso de democratización ampliada de los sectores más pauperizados que no la tenían y enfrentamientos relativamente costosos. En Venezuela, que es un caso extremo, los enfrentamientos son exacerbados y notorios, es imposible eludirlos, es necesario analizarlos para saber cómo desarmarlos. En los casos de Argentina y Chile también. Bolivia muestra un mapa muy entusiasmante. Creo que la forma de abordar una convocatoria en el plano de la investigación y sobre todo de la reflexión orientada hacia nuestro continente o geo-orientada es a partir de la capacidad de evaluación intuitiva de los seres humanos, para colaborar formulando sugerencias que pueden ser desde la comprensión de cómo las estructuras preexistentes se fueron reestructurando hasta la posibilidad de construir alternativas. Creo que es urgente el activismo intelectual sobre estas problemáticas de América Latina. Analizar si hay una tendencia a una confrontación, que debilita procesos en cierto grado positivos y arrastran peligros o grandes negatividades. Menciono este punto porque está Emir Sader, quien tiene la responsabilidad y posibilidad de utilizar un instrumento sustantivo. ¿Cuál es el peligro que yo percibo? El riesgo es el de abordar estos problemas demasiado superficialmente, en una apariencia "descriptiva y analítica" y poco explicativa; es decir, por encima y en realidad, lo que es necesario es buscar e instalar un esquema de asimilación teórica adecuado y ajustarlo a las realidades concretas... buscando encontrar las alternativas favorables en dichos enfrentamientos. Porque los marcos conceptuales pueden brotar de diferentes niveles de análisis. El interés de realizar este tipo de reuniones, es que surjan cuestionamientos y diferentes alternativas para el trabajo intelectual, investigativo y no se limite a la frontera de una capacidad descriptiva analítica, sino que profundice en el análisis de los elementos hallados.

María Maneiro: Retomando lo que estuvimos conversando, como Luis Tapia está presente y se mencionó varias veces, Maristella y Horacio se refirieron también, que Bolivia es un caso diferente al resto de los procesos emancipatorios del continente, retomaría dos ideas: la cuestión de la memoria y del proyecto. En torno a los gobiernos progresistas analicemos cuánto la memoria limita las potencialidades de diseñar otros modelos de desarrollo, y en cuánto a la cuestión del proyecto, qué está instalado en estas memorias de las comunidades. Esto posibilita pensar creativamente las nociones de plurinacionalidad, autoorganización y representación. Estos procesos de nacionalización, tanto en el Ministerio del Agua como en el Ministerio de Minería y Metalurgia de Bolivia estuvieron ligados a un proceso de representación de los movimientos, mientras que el proceso de la Constituyente estuvo relacionada con el Pacto de Unidad, con los propios movimientos. Entonces en algún sentido intento ligar lo que estabas conversando, y sumarte al debate desde tu propio lugar.

Luis Tapia: Quisiera mencionar que las fuerzas que se han movilizado, en especial la izquierda, han actuado sin modelos previos vigentes como hasta la década de los setenta. Se debe, en parte, a que el grado de subdesarrollo respecto del modelo económico, ha frenado la política neoliberal. Además, es esencial para la democracia, tema que no hemos comentado mucho, casi todas estas fuerzas han competido en el sistema de partidos y han logrado construir una base electoral de apoyo, en algunos casos algún bloque social algo más articulado. Mencionaré un par de cosas. Una primero: los partidos se han retirado de la sociedad civil, y los que han logrado ganar elecciones están en el Estado, se desarticularon o se activaban sólo coyunturalmente para competir en las votaciones. Uno de los motivos propiciatorios es la emergencia de nuevas fuerzas políticas organizadas en núcleos sindicales, comunitarios y corporativos y otro, es que el horizonte de proyecto político ha venido del mundo agrario en varios países. Por otro lado, ha habido una renovación de la izquierda en América Latina y su origen en muchos casos es corporativo, sindicatos obreros, sobre todo en Brasil, campesinos en Bolivia, y el horizonte de proyecto político ha venido sobre todo del mundo agrario para varios países. Este rasgo que ha sido bien fuerte en los ochentas y noventas, aunque venía

desde atrás dependiendo de los países. El neoliberalismo no concebía alternativas además del capitalismo y liberalismo, y de hecho las nuevas izquierdas andinas incorporan el discurso de los procesos de constitución de asambleas indígenas, del sindicalismo agrario vinculado a la reivindicación de identidades y territorios indígenas, un cambio muy significativo. De hecho donde ha habido mayor presencia de procesos de constitución de asambleas indígenas. Ha habido constituciones que han reformado más los estados. Cuando estas fuerzas han llegado al gobierno, en lugar de buscar un cambio de dirección a través del programa económico o decretos, se buscó un cambio político a través de modificaciones constitucionales. Aún en coyunturas donde todavía no existía un nuevo modelo muy elaborado, aún no lo hay, la propuesta central fue la de recuperar control estatal de los recursos naturales. Las nuevas fuerzas sociales contienen un fuerte componente campesino indígena en Ecuador, Bolivia, y en Perú la pauta va a ser similar. La nueva izquierda tiene un modelo andino, campesino e indígena a diferencia de la izquierda tradicional en América Latina. Como consecuencia de la nueva composición de la izquierda es que el proyecto político fue en el seno de otro tipo de organizaciones, con muy poca intervención de los partidos. En Ecuador el diseño del proyecto ha sido organizado por la Confederaciones de Nacionalidades Indígenas de Ecuador (CONAIE). En Bolivia el modelo fue elaborado por varias organizaciones y articulado por el Pacto de Unidad, como mencionaba Maristella Svampa. En Brasil, sólo una parte del contenido del proyecto está articulado por el Movimento dos Trabalhadores Sem Terra (MST), o sea que la reforma en el país incorpora la visión agraria. Hay dos elementos distintivos de los movimientos sociales. En primer lugar, no tienen como meta tomar el poder del Estado o ganar elecciones, sino cuestionar algún tipo de estructura social que genera desigualdad, y a veces llegar al gobierno puede, incluso, frenar el impulso o la continuidad de esa crítica. Cuando el movimiento social articula una crítica por la fuerza, la articulación es más productiva, incluso genera crisis política como lo ha hecho en Ecuador, Bolivia, y en la Argentina también en otro sentido, pero se articula con otras fuerzas políticas, que pueden intervenir en el campo del sistema de partidos y del Estado. Este proceso no es fácil, como se observa en varios países. Creo que en lugar de, por un lado, reclamar sólo al partido o al movimiento por

aquello que no innovan o crean, deben analizarse las articulaciones, aprender a partir de las articulaciones que sí se han creado y tratar de resolver las contradicciones que están emergiendo en este tipo de relación. Esto se debe a que la mayor parte de los partidos se alejó de la sociedad civil, por lo tanto, no tenía capacidad de forjar un proyecto político. Por eso también refrendaban las propuestas de las agencias internacionales. Por este motivo, se observó tanto en Ecuador, en Bolivia, y ha sucedido también en Perú, que esos partidos fueron barridos en los ochenta, a fines de los noventa, han sido sustituidos por su incapacidad, ya no sólo de triunfar, competir en elecciones, sino en particular, de articular un plan político. Sin embargo, pienso que la clave está, más bien, en no concentrarse en una sola forma de acción sino en mantener buenas articulaciones entre movimientos y fuerzas partidarias o movimientos políticos, ya que éstos, por la historia más reciente, no han desarrollado capacidad de generar proyecto político. No hay caso, no se puede generalizar, en Ecuador y Bolivia buena parte del proyecto político ha sido articulado por organizaciones. Los partidos han asumido ese hecho, lo han incluido, incluso en la Constitución. Ese tipo de articulación que ha sido positiva, ha sido también bien tensa porque está presente la cuestión de analizar cómo compartir el poder cuando ya se ocupa el gobierno como en Bolivia. Es un tema pendiente también para el futuro y, desde el sesgo más boliviano. En Ecuador, nos comentaban algunos colegas, que el propio Correa ha tenido dificultad de articular un partido, en este momento no hay partidos con capacidad de hacer proyecto político. En varios países estas capacidades están enlazadas en otro tipo de organizaciones. Pienso que la clave es la articulación.

Juan Carlos Marín: Lo que Luis señala en el caso de Ecuador y Bolivia, que se desestructuraron las columnas tradicionales de los partidos políticos, lo cual no quiere decir que desaparezcan, quiere decir que se desarticularon. Esta es una característica de toda América Latina. Entonces una advertencia es: se desarticularon, no desaparecen. El nuevo proceso, de alguna manera u otra va a encontrar esa existencia, y ésta encuentra su modo de expresarse.

Maristella Svampa: Quisiera mencionar dos puntos. Creo que podemos acercar efectivamente posiciones, que se relacionan más con el análisis y el diagnóstico, que con una definición acerca de lo que son las alternativas o los lenguajes emancipatorios.

Uno de los puntos es que, ante esta situación, los movimientos sociales tienen lógicas de acumulación diferentes a las de los partidos políticos. Si analizamos en cada escenario nacional en particular de qué forma se cruzan, se tensionan, las distintas tradiciones políticas propias de la izquierda. En la Argentina se observa que esas tradiciones políticas propias de la izquierda han colisionado, no han colaborado, no han cooperado, no se han articulado. No es sólo responsabilidad de una determinada izquierda, sino del conjunto de las izquierdas que integran ese campo. En la Argentina, más que resistencias o contradicciones entre dos proyectos heterogéneos polarizados, encontramos una suma de posiciones que van articulando un esquema binario que simplifica y hace lineal estas oposiciones. Antes hubo una referencia a una polarización de escenarios y ahí es donde creo que no hay que cometer la tentación de reducir o asimilar en el espejo de Venezuela lo que sucede en Argentina. Más allá de la importancia que tiene la tradición nacional popular, la izquierda no debe autolimitarse en la crítica, por el solo hecho de que asistimos a escenarios sumamente tensionantes en términos de confrontación.

Juan Carlos Marín: Claro, yo no pensaba tanto en la izquierda, es más, cometí el error de no pensar en eso. Pensaba más en las que son las dos grandes fuerzas en este momento en la Argentina, donde la izquierda no tiene ninguna capacidad de determinación, tanto la izquierda tradicional como la renovada. Lo que observo en este país es la construcción de una nueva fuerza que expresa el poder gobernando. Hay una serie de articulaciones contingentes muy interesante. Por el otro lado, justamente, el sujeto de "váyanse todos", esta fuerza que existe en gran parte de la historia de nuestro país, fuerza que históricamente acumulara una identidad inequívoca frente al fracaso permanente en el ejercicio del poder del Estado. Creo que estas dos fuerzas son las que merecen la convocatoria intelectual más sustantiva. La izquierda, tanto la tradicional, convencional, como la

actualización ciega que excluye los sucesos en los grandes continentes, la Unión Soviética, como China, esa izquierda no representa ni capacidad de poder ni de movilización -los movimientos territoriales se constituyeron al margen de eso-. Pero lo que se visualiza es una tendencia en la construcción de dos grandes fuerzas que tienen una fecha de confrontación, en el 2011 van a enfrentarse de manera relativamente pacífica, es un proceso electoral. Esas son las que me preocupan, y lo que me inquieta justamente, es lo que queda afuera de esas dos grandes fuerzas en la actualidad.

Emir Sader: Hay un elemento que no tocamos en forma orgánica y es la fragmentación de los movimientos sociales, hay muchos movimientos particulares, cuya suma no genera algo diferente. Por otra parte vemos la desintegración de los partidos. Lo que ocupa ese lugar es el liderazgo personal, que no es personal, es político, de Evo Morales, Rafael Correa, Hugo Chávez, inclusive de alguna forma Lula. Significa que ante la incapacidad de construcción de una fuerza nacional, se erigen liderazgos, no son debilidades, son méritos, que logran unificar propuestas. Va a ser muy difícil construir una plataforma que constituya un verdadero agregado porque esa hegemonía contiene una contradicción, por ese motivo surgen los liderazgos nacionales, los que no tienen relación con el populismo, no son liderazgos de proyectos hegemónicos. La fuerza social gobernante tiene la necesidad de responder a problemas de hegemonía interna y externa, son capacidades reales aunque no podamos decir que son partidos. El chavismo, el moralismo, son un asomo de la modalidad que encontró el poder del campo popular de volverse hegemónico.

María Maneiro: Mi interrogante, ahora que se mencionaron puentes, movimientos y experiencias de gobierno, es analizar los eslabones que se anudan a la cuestión del problema acerca del socialismo del Siglo XXI y qué tipos de puentes están estructurando los diferentes elementos.

Horacio González: Bueno, es un problema complejo. Creo que la cuestión del socialismo tiene que distinguir si aún estamos en condiciones de hacer una política del Estado Nación o del Pueblo Nación. García Linera

afirma muy explícitamente la incapacidad de superar, aun con perspectivas novedosas de análisis, la idea de que la política se hace en una estructura histórica, que es el Estado Nación o el Pueblo Nación. La noción de potencia es una idea interesante y vaga. Considero las ideas vagas muy atrayentes, porque son las que prometen futuras definiciones. En el libro de García Linera encontramos una terminología spinoziana, gramsciana, postcolonialista, bibliografía anglosajona, que constituyen una expresión de un proceso interesantísimo que tiene muchas pulsiones hacia la superación de la política en el Estado Nación, porque precisamente la fuerza del indigenismo tiene un contenido emancipatorio. Reitero este término, y resalto también su vaguedad, que es muy interesante. La noción de emancipación existió siempre, pero en las últimas dos décadas se resignificó. En la Argentina existe un movimiento obrero emblemático y muy centralizado, a pesar de sus escisiones continúa siendo centralizado. En este contexto, la expresión "emancipación" coloca la política más allá del Estado Nación en un espacio que denominaría antropológico o culturalista, un socialismo de izquierda. Pero no lo dice de ese modo, usa la potencia de lo implícito, porque son denominaciones aquellas de una etapa de centralización del sujeto político, que no es la que vivimos. Aunque tampoco veo conveniente un desglose permanente en políticas de "género", que luego invitan a una futura fuerza articuladora, que podrán no ser políticos a la vieja usanza, pero si epistemólogos que dicten la norma articuladora final. Ni lo uno ni lo otro. Pero el concepto de emancipación permite merecidamente la superación de un horizonte de la sociedad industrial, que fue, a pesar del implícito comunitarismo, la forma política del populismo ruso, peronistas, desarrollistas, apristas, y hoy chavistas, y quizás del Movimiento al Socialismo (MAS) boliviano también. Existe un desafío enorme para el pensamiento crítico, creo que es interesante para apelar a conceptos de la raíz genérica de lo humano, la noción que interesó a Marx, lo genéricamente humano. Mi foco de atención son los procesos nacionales, no concibo procesos nacionales interesantes sin definir primero cuáles son los retos que tienen estos tímidos procesos de transformación nacional hacia lo que Alberdi llamaba el "pueblo-mundo", es decir, los intereses generales de la humanidad. ¿Cuál es este desafío en Argentina? ¿Es lo que denominamos "derecha"? Es importante referirnos a ese tema y no lo

hicimos. ¿Cómo denominamos en Venezuela a la oposición, la oposición de los medios, la oposición social? ¿Son simplemente clases medias alienadas? ¿Qué significa hoy la candidatura de José Serra en Brasil? Es cierto que hay una continuidad política en Brasil, diría que incluso con Fernando Henrique Cardoso. No estrictamente, porque es más neoliberal, sino con la idea de que existe un conjunto de dilemas intelectuales, el neoliberalismo, y la sociología de las naciones y de la dependencia que también exigían un contexto nacional, y de algún modo un contexto nacional desarrollista, noción que incluye la historia de Cardoso, del primer Cardoso. Somos hijos de esos conceptos e hijos también del ánimo de superarlos.

De todas maneras no me parece justo desplegar un proyecto político que destituya por completo la idea de que sea necesario algún tipo de tratamiento de la economía industrial. Respecto de la economía extractiva, creo que vos afirmaste, Maristella, que debe haber algún tipo de explotación racional. Pero ¿cuál sería? Creo que en Argentina debería ser una que no esté a cargo de esta clase política totalmente disminuida, pero por otra parte no existe una clase política potencial que atraviese los distintos y deshechos partidos de Argentina, en condiciones de tomar estos desafíos. Existe la tradición del pensamiento mítico, desde un punto de vista no es la historia de las fuerzas productivas ni del proletariado, no es, necesariamente, la de las potencias plebeyas, pero sí es la historia de un sujeto moral e intelectual, popular, que debe hacerse cargo de los temas que la estructura del pensamiento mítico- y hago una apología del pensamiento mítico porque es el único que resuelve los problemas y genera en su seno más contraposiciones internas. Para no asustar: pensamiento mítico llamo a la trabazón de las contradicciones en el momento anterior al que se resuelven, si se resuelven. Sólo ese pensamiento puede contener el momento eminente en que todo se manifiesta en contraposición e incluso en aparente calma. Otra cosa es que la fuerza del pensamiento mítico, que busca fijar el tiempo, no sepa soltar el gatillo que mantiene unidas todas esas piezas contradictorias. Constituye un llamado a resistir el modo en que molestan las contraposiciones de nuestro pensamiento. Las reconoce en lo que llamaría "su buena molestia". De otra forma debatimos continuamente si somos más desarrollistas, menos desarrollistas, más ligados a las fuerzas productivas y más ligados a hechos cívicos, herencia cultural, etcétera. El

antropologismo político que escucho en las palabras de Maristella está ligado a un culturalismo a la Rousseau, vinculado hoy a la tradición indigenista. Me simpatizan más, sin embargo, aceptando que atravesaremos un tramo de la historia política reivindicativa en el marco del Pueblo Nación, o del Estado Nación, si sabemos medirlo con los restos de la dinámica de las grandes revoluciones industriales. De ahí nuestros mitos y la necesidad de revisarlos. Es evidentemente el pensamiento que ofrece la mayor tolerancia para pensar simultáneamente asignaturas históricas, contraposiciones sociales y políticas de todo tipo. No obstante pienso en las debilidades del pensamiento del proceso uruguayo, la debilidad de José Mujica, muy ostensible, y las fortalezas interesantes que tiene el pensamiento de Evo Morales. Si el conjunto puede ser analizado exige apelar a mitos, leyendas, a un nuevo tipo de pensamiento capaz de albergar en su seno disparidades muy nítidas. Quien no quiera albergarlas entre las neopolíticas del retorno a la naturaleza y ciertas necesidades del desarrollo industrial de nuevo tipo deberá imaginar una forma para afirmar que los derechos civiles, libertades cívicas, derechos culturales, irrupción de masas campesinas de los pueblos originarios, todo eso en medio de arritmias históricas muy grandes. Los pensamientos de naturaleza mitológica son los que entusiasman a las masas que están dispuestas a encarar un proceso de transformación, debido al desafío de pensar las diferencias trágicas entre un habitante de Gualeguaychú, un trabajador bien pago de la Barricck y los núcleos morales irredentos de una vida intelectual ligada a las grandes utopías de redención social. Este tipo de pensamiento a veces surge en Hugo Chávez con espíritu romántico, no se lo advierte en Lula, que muestra en cambio cierto practicismo muy respetable de la vida popular brasileña. Pueden asomar en el sucesor de Lula, si es Dilma Rousseff, porque allí aparece la interesante cuestión de la vieja guerrilla de los sesenta y setenta. La candidata de Lula, proviene de la guerrilla del Araguaia, que fue la guerrilla que tuvo más fuerza en Brasil. ¿Qué pasaría si ahora hubiese una guerrilla muy fuerte en Brasil y el gobierno brasilero tuviera que afrontarse a esa dimensión de la historia? No existe en la historia Dilma Rousseff reprimiendo a Dilma Rousseff, salvo en la literatura. Rozaríamos un fenómeno similar al de Colombia. Me surge la pregunta: respecto de Colombia se comprenden las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia

(FARC) y el modo de la economía que de alguna forma rodea a las FARC. En Colombia se presenta una serie de contradicciones que ponen en juego a toda la historia latinoamericana reciente. No es una guerrilla derrotada pero sí debilitada. Las emancipaciones y socialismos de los que ahora hablamos provienen de derrotas guerrilleras que operan en la memoria, no en territorios. Cuando la guerrilla sigue operando en territorios, como en Colombia, se produce una situación excepcional, que debe ser pensada con nuevos criterios. La vieja dialéctica aquí sirve. Puede haber socialismo del siglo XXI si hay una digna movilización de la guerrilla; pero la guerrilla puede pensar que ni es digno desmovilizarse ni que debido a eso será que no haya ningún tipo de socialismo. Sólo la fuerza de las mejores ideas desatará los nudos de esta tragedia. Sino lo hará Uribe, o quien sea, a través de un cierre del universo histórico, demostrando que sigue viva la posibilidad de una vida quieta, cerrada, vigilada, disminuida, aterrorizada. Por eso pienso que todas estas asimetrías reclaman un pensamiento más totalizador, pero no con totalizaciones obligatorias. Esta totalización debe ser porosa, irregular, provisoria, lateral, inconclusa. Es similar al pensamiento legendario la posibilidad de proceder en términos de las dimensiones antropológicas provisorias. Lo pienso con respeto e interés por ese pensamiento histórico social que surge desde el proceso anterior, al cual yo personalmente pertenezco más, el pensamiento de la política en las naciones, naciones libertarias. De todas formas me interesan todos los pensamientos que este período latinoamericano reclama, esta interposición de distintos momentos históricos de transformación.

Juan Carlos Marín: Pensamientos de transformación, no articulación.

Horacio González: Es una palabra, pero para resumir mucho, mucho, llamémosla articulación. Pero en verdad, articulación es una palabra astuta, de político en cierre de lista, y transformación es lo que aún nuestra vida enteramente no sabe y vale la pena vivirse por saberlo. Al estar apurados, entonces, decimos articulación...

Juan Carlos Marín: Es brutal la palabra, pero es un deseo.

Horacio González: Sí, señalemos un deseo de articulación para los tiempos venideros, pero ya se los llamará de otra forma.

María Maneiro: Muchísimas gracias a todos, realmente son muchas más las cuestiones que han quedado planteadas que las que pudimos conversar, ha sido muy interesante, muchas gracias...